VICTOR HUGO Y EL VASCO

por Henri Gavel

Parece que Victor Hugo sabía algunas palabras en vasco. Ante todo creemos que el nombre de *Gastibelza*, el hombre de la carabina, protagonista de una famosa canción, sea tomado del vasco. Gastibelza parece haber querido decir, en la intención del autor, «gazte beltza», es decir el joven negro.

Puede reconstruirse de un modo verosímil lo que ha pasado cuando Victor Hugo ha forjado esta palabra. Se habrá informado por algún vasco que le habría proporcionado la palabra *gaztea*, pronunciándola como es habitual, *gaztia*. Victor Hugo, sabiendo que la *a* final desempeñaba a menudo la función de artículo, habría omitido la *a* de *gaztia*; pero sin duda no sabía suficiente vasco para darse cuenta de que si suprimía esa a final, era necesario restablecer la *e* de *gazte*, y conservó de ese modo una forma errónea *gazti* o *gasti*.

En cuanto a la supresión de la *t* de *Beltza*, es fácil de explicar, sobre todo si fue un vasco español quien proporcionó a Victor Hugo esa información. La reducción *tz* a *z* es incluso normal en la trascripción al español de los nombres propios vascos.

Se encuentra también un préstamo del vasco, y éste es muy evidente, en *le Petit roi de Galice*, una de las piezas más conocidas de *la Légende des Siècles*. En esta pieza aparece repetidas veces un torrente que el autor designa bajo el nombre de *Ibaïchalval*: tal es al menos la forma que dan las ediciones corrientes; parece evidente que nos encontramos ante una forma alterada de *Ibaïchabal*, (variante de *Ibaizabal*). No he tenido la posibilidad de acceder a la edición original para verificar si realmente Victor Hugo ha escrito bien *Ibaïchabal*: en ese caso la alteración *Ibaïchalval* sería debida a aquellos que han dirigido la impresión de ediciones ulteriores, y sería injusto responsabilizar a Victor Hugo de este equívoco, habiéndole ocurrido la desventura que aconteció a Théophile Gautier por el subtitulo de su *Voyage en Espagne*. Gautier, en ese *Voyage*, se distingue por su preocupación por la exactitud, y la Sra. Pardo Bazán le hace justicia en estos términos: «Entre los *Viajes* de Gautier descuella el de España titulado *Tras los montes*, inmejorable descripción, sobria, intensa y bañada por el sol del Mediodía. Ignoro por qué se ha repetido a bulto que Teófilo Gautier estampaba patrañas como Dumas: es, por el contrario, sumamente veraz, nada enfático, exagerado ni declamatorio, y no sólo evita incurrir en los peregrinos errores de Victor Hugo, sino que los nota y los corrige. Estos viajes por España, así como los de Italia y Rusia, han conservado su gracia y su amenidad y deleitan hoy como el día en que se escribieron». Ahora bien, Gautier había dado a su *Voyage en Espagne* un subtítulo correcto: *Tras los montes*. Pero se sabe que los extranjeros, en particular los franceses, tienen la manía de hacer hablar a los italianos en español, y a los españoles en italiano: fue a esta manía a la que debemos, por ejemplo, el *Fra Quiroga* de la *Vierge d'Avila* de Catulle Mendès, admirable perla al lado de la cual el *Fray Bosquito* de la *Afrancesada* de Tancrède Martel no es más brillante.

Algunas veces, esta manía tiene por efecto la creación de palabras híbridas que están a igual distancia del español y del italiano, como por ejemplo el ermitaño de *San Luca* que aparece en el *Don Quichotte* de Richepin. – Cediendo a esta manía los editores han tomado por hábito suprimir la *s* de la palabra *tras* en el subtitulo del libro de Gautier, y esta forma incorrecta se convirtió en normal en las ediciones corrientes, de tal modo que cuando por azar un catálogo de librería indica un ejemplar de la edición original, la forma correcta *tras* choca de tal modo al autor del catálogo que se cree obligado a hacerla seguir de la palabra *sic* entre paréntesis.

Este ejemplo nos debe inspirar una saludable prudencia, y no responsabilizaremos a Victor Hugo de la forma *Ibaïchalval* en tanto no hayamos podido verificar si también se encuentra en las primeras ediciones. Si se encuentra allí, nos veremos obligados a admitir que ha acontecido a Hugo una desventura semejante a la ocurrida a Catulle Mendès escribiendo *la Vierge d'Avila* a la que hacíamos alusión antes.

Cuando Catulle Mendès quiso documentarse, alguien le recomendó evidentemente leer *Rinconete y Cortadillo*, que es en efecto una pintura admirable de ciertos aspectos de la vida española del siglo XVI. Catulle Mendès realizó esta lectura que le habían aconsejado, sin duda ayudándose mucho en la traducción de Viardot, pues le debía resultar difícil comprender la obra en su texto español. En el transcurso de esta lectura iba tomando notas: así anotaba la palabra *Tagarote*, que era el nombre, o más probablemente el alias, de uno de los jóvenes pícaros que figuran en la deliciosa novelita de Cervantes. También anotaba la palabra *trainel*. Algunos meses más tarde, queriendo describir todo lo que bulle en una calle de Ávila, Catulle Mendès recurrió a esas notas, pero ya no las supo interpretar, ni incluso leerlas convenientemente: del nombre propio *Tagarote*, obtuvo el nombre genérico de toda una categoría de individuos; pero, lo que es más fuerte, volviendo a leer la palabra *trainel* toma la *t* por una *f*, y la *l* por una *t*: y declara gravemente que la calle donde transcurre la acción está llena de *tagarots* y de *frainets*. – Si entonces Victor Hugo ha escrito él mismo *Ibaïchalbal*, hay que creer que él también se ha equivocado releyendo notas anteriores, y que habiendo anotado un día la palabra *chabal*, al volverla a leer más tarde tomó la *b* por una *l* y una *v*.

Sea como sea, si ahora abordamos a fondo la cuestión, constataremos que la elección de ese nombre, incluso bajo la forma correcta *Ibaïchabal*, puede ser objeto de crítica. Además como el nombre no es de los más afortunados para designar un torrente de montañas, es al menos discutible que un curso de agua asturiano haya podido llevar, incluso en el siglo VIII, un nombre vasco (1). Pero poco importaba a Victor Hugo un detalle discutible de más o de menos en una pieza donde casi todos los detalles son falsos. Yo se perfectamente que los hugólatras responderán: «Poco importa que los detalles sean falsos, puesto que la idea que se desprende del conjunto es exacta». No logro captar muy bien como de la combinación de elementos falsos resulta un conjunto verdadero, y el razonamiento de los hugólatras me hace pensar, muy a mi pesar, en la broma tradicional sobre esa legendaria casa de comercio que vendía cada artículo con pérdidas, pero que, haciendo una gran cantidad de ventas, lo compensaba con el conjunto. En realidad constatamos aquí una vez más uno de los más graves defectos de Victor Hugo: él conocía muy superficialmente una gran cantidad de cosas, y quiso sacar partido de todo lo que él creía conocer: porque había leído algunos fragmentos de la *Chanson de Roland* o algunos párrafos de la historia de España en la Edad Media, creyó poder extraer materia para dos o tres piezas épicas. Porque sabía un poco de español, (muy poco, además), y algunas palabras vascas, quiso demostrar sus conocimientos, y no incurrió más que en barbarismos. Y ese defecto es tanto o más lamentable ya que Victor Hugo, en lugar de dedicarse a las fantasías de su imaginación, quiere conformarse con describir lo que él conocía en realidad, componiendo obras encantadoras, así como lo testimonia por ejemplo, en lo que concierne al País vasco y a España, el relato de su viaje por Guipúzcoa y Navarra, que está lleno de descripciones deliciosas y en general de un gran verismo.

HENRI GAVEL
Revista Internacional de los Estudios Vascos
1918, paginas 71-74
Traducción del francés por José M. Ramos. Pontevedra 2009

(1) El Sr. Julio de Urquijo me recuerda amablemente un detalle que yo había olvidado y perdido de vista: es que el Nervión se llama precisamente en vasco Ibaizabal: sin duda Victor Hugo tenía conocimiento de esta particularidad; pero la inverosimilitud que reside en dar un nombre estrictamente vasco a un torrente de Asturias, no se sostiene en el siglo VIII.